

EL BALUARTE

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 178

Sevilla—Viernes 7 de Agosto de 1903

AÑO XXVII

¡Tenemos Papa!

Los católicos ya pueden estar contentos. El Papa nuevo será bueno, será malo; malo ó bueno, la prensa reaccionaria de todo el mundo católico, y los hombres que comulgan por fuera ó por dentro, y aun los que no comulgan por dentro ni por fuera, ni siquiera son feligreses de ninguna parroquia ó comunidad católica, le rendirán todas las alabanzas á sus virtudes, á sus talentos y besarán la sandalia.

Es Papa, y tiene que ser el sumo bien, por esta ficción hipócrita que domina en el mundo y que se enseorea lo mismo de imperios que de repúblicas.

El tercer Papa del voluntario encierro vaticano será un prisionero del cuerpo curial cardenalicio que le ha elegido. En el conclave han luchado ferozmente dos partidos encarnizados con fuerzas casi equilibradas, que hacia imposible la elección de los respectivos candidatos.

Aseguran la agencias que el Gobierno de Francisco José interpuso el veto contra Rampolla, haciendo imposible la elección de éste. Por el choque de intereses y los apasionamientos de los bandos cardenalicios, el adversario de Rampolla hubiera encontrado el mismo obstáculo de otra potencia para su elección. Y como Roma, ante todo, mira cuidadosamente por su interés, los sacros electores, ante el temor de algún conflicto internacional ó el enfriamiento de relaciones de parte de alguna de las potencias que más contribuyen al dinero de San Pedro, la protesta de Rampolla contra la ingerencia de la potestad civil, si encontró ecos de simpatía ó manifestaciones de adhesión en la mayoría de los purpurados, quedó sólo como expresión de un sentimiento, y evolucionaron los príncipes cardenalicios volviendo la vista á un insignificante, rural por añadidura y hombre de alcances muy limitados, porque ya oían dentro de la bóveda de la gran logia sixtina los ecos de la multitud impaciente, que eran ya como protestas amenazadoras del pueblo, cansado de esperar el laborioso amasijo.

Surgió del escrutinio un purpurado hecho Papa, un cardenal sin pretensiones: un hombre obscuro para gobernar la Iglesia á su nombre, porque los verdaderos gobernantes serán esos grandes electores que han luchado briosamente, ya por Rampolla, ya por Vannutelli, las dos figuras de mayor relieve en el sacro colegio y los dos cardenales que por las funciones que ejercieron durante el papado anterior representaban mayor suma de adeptos.

¿Quién será el secretario de Estado, verdadero cerebro del gobierno pontificio? Ya nos lo dirá el telégrafo, pero seguramente un instrumento de alguno de los partidos que se retiraron de la lucha.

España tiene una negociación pendiente con Roma. Ya acabó el padrínazgo. Los respetos al cargo y la consideración á la persona no deberán pesar, como se hacían valer antes entre gente monárquica.

Ahora lo que interesa es romper el protocolo y comenzar de nuevo, no tratando con Roma, sino publicando la resolución en la *Gaceta*, y después, por cortesía, dar cuenta al Nuncio para que comunique al santo padre el acuerdo del Gobierno español en ese litigio de las órdenes religiosas.

La única consideración que nos sugiere la elección papal es que el vicariato de Cristo, ejercido por el antiguo obispo de Roma, se extingue rápidamente, y que ó los papas rompen de una manera ostensible, aunque el nombre adoptado por el actual de Pío X no lo abona mucho, por

que recuerda al papa de todas las intranquencias, ó caerán empujados por las corrientes modernas.

Que así sea.

A. A.

Murmuraciones

Como el Espíritu Santo ha tenido faena larga en Roma, todos los dominios de su propiedad—entre los que tenemos el gusto de contar el nuestro—han estado abandonados, y aún lo están.

A ese descuido imperdonable debemos los sevillanos el contar una desgracia cada día.

Desgracia ha sido la del guardia Solares, á quien trataron de asesinar por medios ilícitos, y después de haberlo abandonado sus compañeros cuando vieron que asaban carne.

Desgracia ha sido que el asesino, ó el agresor del guardia susodicho, durmiera en su casa tan tranquilo la noche correspondiente al día del crimen, sin que la policía se atreviera á presentarse delante de él, conociendo sus malas pulgas.

Desgracia fué que ayer, un individuo á quien la policía tratara de aprehender, se escapara dándole á los talones.

Y desgracia fué lo que sucedió anoche: que dos valientes, ó un valiente y un cobarde, se pusieran á reñir en medio del arroyo, y disparara uno de ellos, y matara á una pobre mujer que estaba en la puerta de su casa, tan tranquila, tomando el fresco.

Esto me recuerda lo que sucedió el año pasado entre un municipal y un perro rabioso. Perseguía el primero al segundo, revolver en mano, y cuando lo encontró á tiro, disparóle á boca de jarro y... le dió un balazo al cobrador de un tranvía.

Creo que ya es hora de que, por nuestra santa Sede episcopal, se le mande un avisito al Espíritu Santo que está en Roma, notificándole que esto está completamente abandonado y que debe de dirigirse hacia acá.

¡No tanto Sartol!
Para el talento que tiene, ya se le han hecho bastantes ceremonias.

La Monarquía de Sevilla descarga toda clase de responsabilidades relativas á las pasadas huelgas y movimientos societarios sobre mis queridos colegas de gran circulación, en competencia, *El Noticiero* y *El Liberal*.

Díceles Manolito—digo *La Monarquía*—que ellos son los que tienen la culpa de lo que sucede, porque, por congraciarse con los elementos populares, van á sus reuniones á tomar nota de los discursos para sacarlos á la luz pública y estimularlos, dándoles un cartel que no merecen, según *La Monarquía*.

Bueno es que la prensa noticiara—sigue dando á entender *La Monarquía*—recoja los discursos de los señores concejales, del padre Arbóli, de los socios del Ateneo, quienes derraman el puchero su la ciencia siempre que tienen una ocasión oportuna; que copien en sus columnas todas las estupideces que publica el *Boletín Eclesiástico*, en fin, todas esas cosas que no atañen á la propiedad y al orden social; pero que no saquen á la luz los nombres de los oradores en los mitins obreros, porque enseguida los tales se creen que son hombres como el director de *La Monarquía*, quien ha encanecido en el estudio de la ciencia patria, mientras que los otros son, cuando más, carpinteros, herreros, tallistas y demás miembros sociales, quienes no tienen otra misión que cumplir que aquella que se les ordena.

¿Hay que defender la Patria? Allí que vaya esa gente, porque esa es su misión; así como la misión de los intelectuales como *La Monarquía* es la de quedarse aquí para estar á lo que caiga.

El Noticiero y *El Liberal* deben de corregirse y no volver á insertar en sus columnas otras paparruchas que aquellas que lleven el visto bueno de *La Monarquía*.

¡Ojo, pues, con lo que se hace!

El Globo, que las trae con el Sr. García Alix, publica lo siguiente:

El Sr. García Alix comienza á utilizar la clave telegráfica.

Por este sistema se puso ayer en comunicación con los gobernadores de toda España, dirigiéndoles un telegrama circular

de unas cien palabras, las cuales, según nuestras noticias, llevan á las provincias instrucciones enérgicas, autorización de procedimientos extremados contra hombres y partidos que intenten combatir al Gobierno en las próximas elecciones.

¡Luego el Sr. Conde de Buena Esperanza tiene carta blanca para hacer toda clase de tropelías?

¡Así me explico ese furor policiaco que se ha apoderado de los señores del Gobierno y que le ha valido al agente Solares estar á las puertas de la muerte con los rifones hechos polvo, las costillas fracturadas, atravesado con un estoque invisible, y en la perspectiva de gozar de un estanco cuando sane!...

Bueno: las órdenes recibidas por el señor Gobernador se contraerán á las mismas que ha recibido su colega de Madrid, quien ha comenzado por pisotear la ley de reuniones, la ley de Propiedad y la ley de espectáculos públicos.

A esto contesta Lerroux muy oportunamente diciendo que nos podemos reunir en las iglesias, en las calles, en las plazas, en las rondas y en donde quiera, para darnos tacho de codos y burlar esas órdenes draconianas...

Los sevillanos estamos de enhorabuena. Contamos con la Catedral, en cuyas amplias naves caben muy holgadamente ocho mil ciudadanos. El lugar es sagrado, y en él no pueden cometer tropelías nadie más que los canónigos. Los canónigos de nuestro Cabildo, salvo raras excepciones, son gente de pelo en pecho, que no se asustan de estas cosas, y ya se darán por muy satisfechos con ver el templo rebosando gente y sufriendo el martirio de oír las becerradas de los sochantres en el coro... Allí nos podremos reunir en manifestación prudente y sin miedo á los ataques de la policía.

Tenemos también barrios completamente republicanos, y á ellos podemos acudir en día y hora dada á pasear. Un orador cualquiera, desde un balcón, dirigirá la palabra, y como son muchos los balcones, y los oradores abundan más que los disgustos, en cada calle ponemos un orador.

¿Quién nos lo va á impedir?
Alguien censurará esto.

Pero á los que lo censuren, les doy á leer las siguientes consideraciones que hace, muy oportunamente por cierto, Alejandro Lerroux:

“De seguro que no faltarán *sesudos* homes á quienes parecerá muy mal esto que yo digo.
Yo no hablo con ellos. Con ellos se perderían todas las elecciones, nos derrotarían en todas las luchas y dormiríamos en la inercia el sueño de los tontos ó de los impotentes.

Yo hablo con los míos, con el pueblo, con los que van delante, con los que venen.

Y á éstos les digo que nada de distinguos, ni de componendas.

Si se sienten con bríos para luchar, á luchar. Si no, á casa. Salir para que les derroten los pucherazos, las estafas electorales y los garrotes de los granujas, contentándose después con protestas plañeras, es estúpido.

Se nos amenaza con una lucha á sangre y fuego. Pues á fuego y á sangre, cuando la hora llegue.

Y no hay otro camino.

Ahora veremos si es verdad que en Sevilla hay hombres capaces, de ingenio y republicanos de verdad.

O hay que ser dignos y aceptar la lucha tal y como nos la presentan, en la confianza de que la ganamos á pescozones, ó hay que tomar ficha para ingresar en aquella escuela que, en tiempos pasados, establecieron en calle Gravina algunos monárquicos gomorrinos.

En Madrid, un sacerdote le ha dado una bofetada al que hace de secretario del obispo... Se trataba de otro cura Martín Lázaro que, sin licencia ni ama, se encontraba en la miseria y salir de ella trataba.

Negósele el secretario, y, sin andar por las ramas, le dió el cura un soplamocos sin indulgencias plenas.

Señores, ¡hasta los curas se han puesto ahora que rabian!

Miguel Senties, ocupándose en cosas prácticas, escribe:

“Tienen que desengañarse los que han creído de buena fe que se van á abrir mercados á la producción española. Los mercados no los conquista el Gobierno, sino la bondad de los géneros y la baratura de los precios; es decir, luchando y compitiendo. Por algo las naciones quieren las colonias, porque éstas son mercado obligado de la metrópoli y la competencia es difícil para los demás. Pero creer que las demás naciones van á sacrificarse por España, es de lo más infantil que darse pueda.

Hace ya mucho tiempo que los ingleses se beben nuestro Jerez y se comen nuestras pasas de Málaga. Fuera de éstos productos, ¿qué podemos ofrecer que no les sobre á los demás? A lo dicho: no queda otro recurso que vender paquetes de monjas y cargamentos de frailes, artículo genuinamente español, y en cuya cría y desarrollo nadie más nos puede hacer la competencia.

Es un ministerio de empuje el actual; alianzas, mercados extranjeros, economías. Ya lo dijo Maura: Los republicanos se van á quedar sin programa desde que los conservadores se han vuelto revolucionarios. ¡Ah! Pues si hubiese sabido de lo que era capaz el conde de San Bernardo... Es un Blasco Ibañez en olor de santidad.”

Total: Que, según todas las noticias, el ministerio actual es una canasta de cacharros que no tiene otra misión que la de ser arrojados para armar ruido en las próximas elecciones.

¡El espectáculo va á tener que ver!
Mentira me parece que va á llegar Noviembre con su rompimiento de cabezas y de urnas.

El ilustrado doctor Seras dice que, para alejarnos de Marruecos, es necesario que no comamos higos chumbos.

—¿Usted qué dice á eso?
—¿Yo?... ¡Que estoy por Marruecos!
Niño: échame una perrilla.

Otro doctor dice que el que come mucha carne se vuelve cáncero...

Y así, por este orden, cada maestrillo tiene su librito.

Lo mejor es hacer lo que yo y muchos yo que hay.

¡Que se come lo que se *pué*, cuando se *pué* y como se *pué*!
Sea africano, sea europeo.

El *Heraldo* ha dicho claramente que en España valen mil veces más los gobernados que los gobernantes.

Yo soy gobernado, y el Sr. Conde de Buena Esperanza es gobernante.

Luego yo valgo mil veces más que el señor Conde.

Y el señor Conde me dirá, cuando recaude los fondos de Higiene y las diez mil pesetas de sueldo:

—¿Quién vale más? ¿Tú ó yo?
A lo que yo le contestaré con esta filosofía barata que me traigo:

—Usted *cuesta* más, pero no *vale* más. Según el *Heraldo*.

Un compañero que tiene mucha sal, y que escribe en el *Heraldo* de Cádiz, sofocado porque todo son cortapisas para el escritor, hace las siguientes reflexiones:

“Pues no podemos discutir al rey (que Dios guarde); no podemos discutir las instituciones; no podemos discutir á S. M. la reina madre, porque fué regente; ni á don Alfonso XII, porque era aficionado á las bailarinas; ni á doña Isabel II, porque fué reina; ni á Fernando VII, porque fué traidor; ni á Carlos IV, porque fué imbécil; ni á Carlos III, porque fué torpe; ni á Luis I, porque murió de viruelas; ni á Felipe V, porque ganó la batalla de Almansa...”

Entonces, señor pedazo de gobernador, ¿qué demonio quiere usted que discutamos?”

El precio de los tomates y la manera de hacer la religión con Papa, digo, la carne con patatas.

CARRASQUILLA.

¡Cosas de España!

Cuando en nuestro país un individuo cualquiera llega á tener cosas—lo cual equivale á perder la vergüenza—puede ya impunemente tirarse por la palomilla

las leyes y aun los más rudimentarios preceptos que regulan la vida social. Todos dirán en tono despreciativo:—*Cosas de Fulano!*—Pero *Fulano* hará lo que le venga en ganas, y aun tal vez consiga que su nombre pase a la posteridad.

En fuerza de generalizarse entre los españoles el don de *tener cosas*, ha llegado España á hacerse célebre por *sus cosas*. En diciendo: *¡Cosas de España!* ya se sabe: se trata de algún atropello al sentido común, de algún exabrupto gubernativo ó de algún salto de atavismo social, que nos perjudica dentro de casa ó que nos pone en ridículo ante los de fuera.

Pero las *cosas de España* más peculiarísimas y características son las que llevan el sello ó marca de nuestro mecanismo administrativo. Cierta que las *cosas de España* que pasan en los centros oficiales, en todos los órdenes, son *las cosas* que nos han dado la triste celebridad de que gozamos en el extranjero; pero *las cosas de Hacienda*, esas son las que nos han llevado al pináculo de la fama.

De un hecho que nos refieren vamos á dar cuenta, que pinta y retrata de mano maestra *las cosas* de la Administración pública española.

Hace pocos días un vecino de Sevilla, para tomar parte en una subasta del Estado, tuvo necesidad de hacer en la Caja General de Depósitos uno de ocho mil pesetas con carácter *voluntario y provisional*.

No habiendo surtido efecto el acto, el interesado, con su correspondiente resguardo, se presentó ayer en las oficinas de Hacienda para *retirar el depósito*.

Y, *¡cosas de España!* Después de andar de Herodes á Pilatos, ó de Anás á Caifás, ó séase del Depositario al Interventor y de éste al Tesorero, supo que no podía *retirar el depósito* porque—*¡cosas de España!*—el Estado había dispuesto de él para cubrir sus atenciones, y que hasta después del día 10, fecha en que hará su ingreso la Empresa de Consumos, no hay un céntimo en la *Caja General de Depósitos!*

Esto, Inés, ello se alaba
No es menester alaballo.

Al interesado no se le ocurrió, ante aquella manifestación de frescura y desahogo, otra cosa que preguntar lo que, con arreglo al Código Penal, ocurriría al particular que dispone para sus usos particulares de un depósito que se le hubiera confiado.

Ahora bien: prescindiendo ya de lo que el acto tiene de irregular é incorrecto, si el caso se analiza económicamente, se observará que, á más de que el Estado ha dispuesto de unos fondos que no son suyos, cobrará por derechos de *custodia de depósito* determinada cantidad cuando, en realidad, tal custodia resulta ilusoria, puesto que *el depósito* había desaparecido en el momento en que su dueño lo reclamó.

Ahora sólo falta saber lo que haría la Hacienda si el dueño del depósito, prescindiendo de la querrela criminal procedente, cuando le exigiesen el pago de derechos por una *custodia ilusoria*, reclamase los intereses legales de una *demora efectiva*, sin contar los perjuicios que se le puedan haber ocasionado y que serían objeto de una acción civil.

Ya nos figuramos, si tal supuesto se realizara, á los tribunales encogerse de hombros y decir:—*¡Cosas de España!*

Un discurso

En el acto de homenaje hecho en Buenos Aires el día 7 de Mayo del año actual, á la memoria del insigne republicano italiano Giovanni Bovio, pronunció nuestro ilustre compatriota y correligionario, doctor Rafael Calzada, un hermoso discurso que, impreso en lujoso folleto y con expresiva dedicatoria, hemos recibido.

Al dar las gracias á nuestro compatriota por su recuerdo, no podemos por menos de congratularnos de que los españoles residentes en aquel Estado libre de la América del Sur se preocupen y trabajen por el cambio de régimen en la madre patria. Nunca como ahora los republicanos españoles han estado tan necesitados del apoyo moral y material de sus hermanas de América para conseguir el triunfo

de sus ideales, y por este motivo, el acto del doctor Calzada, levantando su voz elocuente por los correligionarios de la península Ibérica en el acto de rendir un tributo de admiración al que fué jefe del partido republicano de Italia, es doblemente de agradecer y aplaudir.

Que no sea esta la última vez que los republicanos españoles que viven en aquellas naciones hermanas de América realicen actos como el del ilustre doctor Calzada, para que pronto la República española pueda establecer estrechos lazos de unión con todas las repúblicas del sur de América, separadas hoy de la madre patria únicamente por el dique de la monarquía.

CARTA ABIERTA

REACCIÓN COCINERIL

AL DOCTOR THEBUSSEM,
en Medina Sidonia.

Mi señor amigo:

Una dama antojadiza ha tenido la bondad de encomendarme ayude á su capricho de resucitar la cocina española antigua; parecele que será de mucha nota y tendrá singular encanto ofrecer á buenos amigos una comida en la que, al presentar un plato, pueda decirse: *«He aquí, señores, el salpicón que cenaba los más días D. Alonso de Quijada el Bueno.»*

Yo tenía, desde hace años, sin saber por qué, mala idea de la vieja cocina española, y figurábame que la malhadada sobriedad de nuestro pueblo tenía su origen y causa, más que en la pobreza común, en la torpeza de nuestras artes culinarias. Pero sobre todo el salpicón, el salpicón de D. Quijada, me causaba espanto mayor que los cañutillos y suplicaciones que muchos días y aún meses sirvieron de alimento á gloriosos pícaros de nuestra literatura y aun á los más gloriosos padres que lo idearon, y escribieron, y engendraron.

En vano quise convencer á mi señora y dueña de que la tradición gastronómica española tiene no más dos extremos, igualmente censurables: ó la milagrosa caridad de San Francisco de Paula, que con un higo mantiene á numerosa comunidad, dejándola más satisfecha y aun harta, y la de San Diego, que sólo á los ancianos colmaba la escudilla, ó el atiborrarse de un potajón cualquiera, hecho á la pata la llana, y melindrear luego con las mil variedades de confitería y repostería, que las reverendas de esta Orden y de la otra, y de la de más allá, sabían hacer mejor que nadie en el mundo, que en esto sí que es maravillosa la tradición española.

Para banquetear en grande era preciso que repicasen gordo ó que hubiese boda, y aun en esto, que fuese Camacho el rico, ú otro que tal, el desposado, y recuerde quien quiera que sólo á fuerza de puras carnes y á fuerza de romana nos espantamos con el insaciable y sobrio—áteme vuesa merced esos cabos, si la misma realidad no los hubiese tenido atados siglos enteros—Sancho Panza, de aquellos preparativos gargantuescos y heliogabalescos.

Mi señora y dueña no se dió á partido y me ordenó que discurriese la lista de una refacción clásica, que fuese buena en cantidad y calidad, con el ítem más de que cada plato estuviera compuesto, no á la manera que en los palacios y conventos ricos se acostumbraba, sino como los comía el pueblo que, ayuno ó ahito, realizó las más altas empresas y las más osadas aventuras.

Y heme aquí, mi antiguo amigo, en la mayor tribulación de mi vida. ¿Qué salpicón pondremos? ¿De vaca ó de atú? ¿Qué gizote agrada más á mi señor? ¿El castellano, que como el idioma, se llama así, porque empezó á comerse en Castilla, ó el común, que era, por antítesis, el más regalado y menos usual? ¿Y qué me dirá vuesa merced de las vacilaciones que me produce no saber si agrada más el carnero verde, que guisado con granadas, ó hecho albóndigas, ó en lonjas magras ó en tortilla? A bien que todo puede remediarse luego con un buen burete y su escudilla de ángel, y si no agrada, de calabaza con leche, caldo de carne y miel, que es colmo de revolijos osados.

Las aves no me preocupan en demasía. Los pollos de leche en abreviatura, son cosa tan castizamente castellana, como lo es aragonesa guisarlos á la chindron.

Grandes novedades habrá en nuestro banquete, siquiera lo sean no más para gentes inerciditas. Las ranas aparecerán en nuestra mesa, hechas pastelillos, que es plato para convalecientes é inapetentes, según la autoridad de Juan Alti-

miras, ó abondiguillas, ó guisadas con huevos, y así se disuadirán los que creen que comer ancas de rana es capricho que nos ha venido de extranjos.

Otro problema quedábamos por resolver. ¿Con qué abríamos apetito á nuestros convidados para ofrecerles luego platos de tanta sustancia y pesadez? Nada de vermouths, ni bíteres; nada de anchoitas gustosas; á lo sumo guindillas rabiosas y alcaparrones como nueces, pero á fuerza de paciencia he dado con el arbitrio que muchos de nuestros abuelos empleaban. El comer y el rascar, todo es empezar, y ellos empezaban con *Libiano gustoso* ó con escarola guisada.

Esto de la escarola, que hoy no se come más que en ensalada, es plato que merecía popularizarse otra vez, porque siendo extremadamente gustoso, sobre todo si se acompaña con huevos frescos y se tiene buena mano al echarle el pimentón, sirve lo mismo para abrir el apetito á un ricachón inapetente, que para hartar á un pobre por poco dinero, que es, en suma, la mayor gloria á que puede aspirar el noble arte cocinero. Además, la escarola tiene grandes condiciones higiénicas y estomacales. No hay, con ella, cólico posible, por muchas que sean las ranas que la acompañen. De modo que es aperitivo, plato y medicina en una pieza. Y no digamos nada de las borrajas, que sólo en Aragón se producen, y de las que en muchos conventos solía hacerse una exquisita sopa los días de vigilia.

Y acontecé ahora, y vuesa merced lo sabe mejor que yo, que muchos de estos platos hanse naturalizado en cocinas extranjeras y retornan á sus antiguos lares como grandes invenciones que la gente encomia desatinadamente. La alta autoridad de vuesa merced podrá deshacer semejante entuerto.

Al cabo hemos llegado á un acuerdo mi señora y yo, y hemos confeccionado la siguiente

LISTA

- Escarola guisada.
- Sopa de borrajas.
- Huevos en abreviatura.
- Albóndiguillas de rana.
- Anguila asada.
- Lonjas magras de carnero.
- Lechugas rellenas.
- Salpicón
- Orejones ó cascabeles

LAUS DEO

Contaré á vuesa merced cómo hicimos y á qué nos supo tan enorme cuchipanda, y entre tanto le ofrece, en prenda de admiración, los servicios de una buena voluntad, su antiguo servidor y amigo, q. l. b. l. m.,

DIONISIO PEREZ.

El Paraiso rehusado

Estaba soñando y se me apareció una forma blanca. Por su semejanza con una joven vestida de baile, cuyas muselinas rizadas imitaban las alas, reconocí enseñuida un ángel.

—Ángel bellissimo—le dije.—¿A qué debo la alegría de recibirlos á deshora en esta habitación, todavía impregnada de los perfumes de espléndidas cabelleras de mujeres enamoradas, y cerca de este lecho, que seguramente no guarda memoria de cosa alguna agradable á los espíritus celestes? No miréis, por Dios, á esa mesa, para no encontrar el retrato de alguna muchacha vestida sólo con el recuerdo de un vestido; no busquéis en mi biblioteca otra cosa que poemas sombríos que me hacen sonreír y cuentos locos que me dejan melancólico.

—Ahorra tus consejos—me dijo el ángel—y en cuanto á tus méritos, basta con mi capricho.

Callé, no sintiéndome con alientos para discutir con una aparición que tanto se parecía á una mujer. El ángel continuó:

—He venido para preguntarte si querías subir al cielo, sin pasar el mal rato de morirte y las vanas formalidades de los funerales.

—¡Ahora mismo!—exclamé—sólo la idea de suprimir los funerales me decide.

Apenas pronunciadas estas palabras, vi abrirse el techo de la habitación y descender hasta nosotros una nube sonrosada, una especie de vagón, en cuya barquilla, tejida con rayos de luz, tomamos asiento el ángel y yo.

—¡Soltad!—gritó el ángel.

Y obedecido por invisibles servidores, comenzamos á subir vertiginosamente, atravesando la sombría y azulada inmensidad de la noche.

II

Mientras desaparecía rápidamente de nuestra vista la tenebrosa morada de los hombres, el ángel me describía la magnificencia del Paraiso y el encanto eterno é infinito que inundaría mi espíritu en cuanto franquease el dintel de aquella mansión de delicias.

A medida que sus palabras aumentaban mi impaciencia, disminuía la velocidad de nuestra nave aérea, que por fin quedó inmóvil más allá de las primeras estrellas.

—¿Qué pasa?—exclamé.
—Pasa, que eres muy pesado. Si quieres que subamos, necesitas desprenderte de tus ambiciones, de tus sueños de gloria y de opulencia que te atraen hacia la tierra.

Adios mis ilusiones de verme aclamado por la multitud, de vivir en palacios y de escuchar alabanzas. Aunque con bastante trabajo, las arranqué del corazón, y libre de aquel peso, la nube que nos arrastraba se elevó más rápida que antes por encima del firmamento.

A pesar de que todavía nos separaba inmensa distancia del término de nuestro viaje, ya nos circundaba una claridad á un tiempo intensa y suave, nunca percibida por ojos humanos. Pasaban junto á nosotros formas indecisas más blancas aún que aquel oceano de plata fluida; y el roce de sus alas y la impresión de aquel aire en mis pulmones me sumergía en un éxtasis delicioso.

—¿Qué no será el Paraiso!—pensé entonces; y al mismo tiempo reconocí con terror que la navecilla había vuelto á quedar inmóvil.—¿Todavía pesa algo en mi espíritu?

—Si—me dijo el ángel.—Todavía guardas en el fondo de tu corazón besos de pecadoras, el eco de tus risas, el recuerdo de los amores humanos.

El sacrificio era cruel. Pero allá fueron, hacia la obscuridad de abajo, las encantadoras memorias evocadas por el ángel.

De nuevo subimos como lanzados por una explosión de alegría á través de aquella atmósfera resplandeciente.

III

¡Qué espectáculo! Por fin, tenía ante mi vista las puertas de diamante de la incomparable morada. Describir aquel centelleo más terrible que un relámpago inextinguible y más suave que la eclosión de una rosa blanca, sería imposible.

Allá, en lo alto, á través de las puertas abiertas, y bajo una vegetación de nieve diáfana con estrellas en vez de flores, veía cruzar parejas de almas cuya belleza ya era para mí perceptible. Himeneos seráficos, beso perpetuo de labios eternamente puros, por fin voy á conocerlos; yo también voy á entrar en el augusto puerto de la eterna alegría.

—Pero, ¿qué es esto? ¡No subimos!

—Todavía pesas mucho.

—Pero, ¡si ya me he desprendido de todo! ambición, vanidad, concupiscencias...

—Aún queda en tu corazón, allá en lo más hondo, el recuerdo de una mujer, de una niña, ni siquiera hermosa, que rechazó tu beso en la espesura de un bosque una tarde en que cumplías diez y seis años. ¡Fuera ese recuerdo! ¡Ahí está ya el Paraiso!

Yo dije secamente:

—¡No!

Entonces me sentí precipitado violentamente al abismo, y de nuevo caí en la tierra negra y dura, espantado, rendido, casi muerto—pero feliz con el recuerdo de la pálida niña que me rehusó sus labios al cumplir yo diez y seis años, en la espesura del bosque en que iba á florecer la eglantina de mis primeros amores.

CATULLE MENDES.

EL SUCESO DE ANOCHE

Sigue la *racha* de crímenes y sangrientos sucesos con que de pocos días á esta parte se ha enriquecido la crónica negra de la capital.